

LA VIRGEN DE GUADALUPE, SAN JUAN DIEGO Y EL TÍO ANCIANO JUAN BERNARDINO



Después de escuchar los motivos que Juan Diego le expone sobre su preocupación por la salud de su tío, la Virgen María afronta directamente el dolor y el sufrimiento de Juan Diego. Ella le habla a su corazón, haciéndole saber que Ella es su Madre; por eso, lo que le inquieta a él también le conmueve a Ella. María se comporta como verdadera Madre, consolando y tranquilizando a su hijo Juan Diego. Él, por su parte, se llena de confianza y le cree a la Señora del Cielo: «Y Juan Diego, cuando escuchó el venerable aliento, la venerable palabra de la Reina del Cielo, muchísimo con ello se tranquilizó, bien con ello se apaciguó su corazón» (NM 122). Se realiza en él lo que dice el salmo: «mantengo mi alma en paz y silencio como niño tranquilo en brazos de su madre» (Sal. 131,2). Juan Diego es el hijo de la Virgen, puede confiar plenamente en Ella.

M. Iltr. Sr. Congo Mons. Dr. Enrique Glennie Graue
Canónigo de la Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe





Cuando María le declara a Juan Diego todo su amor de Madre, el texto del Nican Mopohua (n.117) dice: «Le respondió la Piadosa Perfecta Virgen»; en efecto, Ella -la perfecta y Piadosa Madre del Verdaderísimo Dios por quien se vive- es la Madre de todos los hombres, representados en la persona de Juan Diego.

Esta afirmación -sin lugar a dudas, una de las más importantes y significativas de todo el Acontecimiento Guadalupano¹ - es una revelación que va directo al corazón: «Escucha, ponlo en tu corazón, hijo mío el menor...»: «¿Acaso no estoy yo aquí, que tengo el honor y la dicha de ser tu Madre?». El amor del perfecto, misericordioso y verdadero Dios se hace presente en el amor maternal de María, actuando, protegiendo, curando, salvando² .

María había estado al pie de la cruz; su presencia, a pesar de su inmenso dolor, significó un gran consuelo para su Hijo Jesucristo. Como Madre, Ella significaba algo mucho más grande y profundo que todo el terrible sufrimiento de Jesús, porque su amor maternal revelaba una especial «sintonía» con el sacrificio de su Hijo, al que de alguna manera también Ella estaba entregando por la salvación de la humanidad. María fue perfectamente consciente de los sufrimientos de su Hijo en la cruz y su presencia constituyó para Él un alivio y un bálsamo en medio de sus dolores; por eso ahora le dice a Juan Diego que entiende su pena y preocupación pero que «no es nada lo que te espantó, lo que te afligió» (NM 118), en comparación con los sufrimientos de Cristo en la cruz y que, igualmente, Ella está ahí para consolarlo, porque es su Madre.



¹ Aparte de la fundamental afirmación de la Maternidad espiritual de Santa María de Guadalupe de NM 119, encontramos una similar: «Porque en verdad yo me honro en ser tu Madre compasiva, tuya y de todos los hombres que vivís juntos en esta tierra y también de todas las variadas estirpes de hombres» (NM 29).

² ALARCÓN, P., El amor de Jesús vivo en la Virgen de Guadalupe, Palibrio, Bloomington, 2013, p. 194.



La Virgen María llena de paz el corazón de Juan Diego con sus palabras, que son una caricia maternal y lo coloca en «el hueco de su manto», «en el cruce de sus brazos», es decir, en su propio corazón y en sus entrañas, donde se encuentra su Hijo Jesús³. No podría haber una expresión más apropiada para expresar la maternidad espiritual de la Virgen de Guadalupe⁴.

Efectivamente, la escena del Calvario (Jn. 19,25-27), significa la plenitud de la «hora» de Jesús. Lo que Jesús realiza es mucho más que un acto de piedad filial con su Madre; Él realiza el acto mesiánico con el que consuma su obra de redención y manifiesta hasta el extremo su amor por nosotros. Las palabras que Jesús dirige a su madre y al discípulo forman parte de un esquema de revelación: Jesús, poco antes de morir en la cruz, revela que su madre -en cuanto «Mujer»- será también desde ahora la madre del «discípulo» y que éste, como representante de todos los «discípulos» de Jesús, será desde ahora el hijo de María. Jesús revela una nueva dimensión de la maternidad de María, una dimensión espiritual y una nueva función de la Madre de Jesús en la economía de la salvación; pero, de manera correlativa, revela al mismo tiempo que la primera tarea de los discípulos consistirá en ser «hijos de María».

La Maternidad Espiritual de María en el Tepeyac no es más que la perpetuación o actualización de su maternidad en el Calvario y en Pentecostés⁵. En el mensaje del Tepeyac todo es paz, confianza y seguridad para los moradores de estas tierras. La determinación de María de manifestarse como Madre para todos los hombres no fue pasajera, sino que perdura y ahora es más actual que nunca en su santuario del Tepeyac⁶.



³ CHAVEZ, E., Nican Mopohua. Análisis y reflexión, ISEG, México, 2014, p. 134.

⁴ María no sólo está diciéndole a Juan Diego que es su Madre, «su Madrecita», que ya es en sí una nueva y diáfana proclamación de su maternidad espiritual, sino que ¡Ella se siente honrada y agradecida por serlo! (GUERRERO, J.L., El Nican Mopohua. Un intento de exégesis. Universidad Pontificia de México, México, 1996, T.I p. 321).

⁵ Jn. 19,25-27; Hech. 1.14.

⁶ En prácticamente todas las religiones existe el fenómeno de «lugares sagrados». Estos lugares sagrados son llamados hoy «santuarios» y los que ahí van, son peregrinos. Estos dos términos son correlativos. El Código de Derecho Canónico dedica cinco cánones a los santuarios (c. 1230-1234), definiendo precisamente el santuario como 'Una iglesia u otro lugar sagrado al que, por un motivo peculiar de piedad, acuden en peregrinación numerosos fieles, con aprobación del Ordinario del lugar' (c. 1230). En relación con los santuarios marianos siempre hay que relacionar el lugar sagrado con la representación o imagen de la Virgen. Respecto al santuario del Tepeyac, desde un principio (es decir, desde que María de Guadalupe expresa su deseo de que se le erigiera una «casita sagrada»), tenemos la dimensión de lugar sagrado, además de la imagen que Ella misma deja estampada y, por supuesto, una inmensa cantidad de peregrinos.

